

EL CRISTO DE TORRECIUDAD

JORGE LATORRE

El Cristo en la cruz de bronce dorado que se venera en la capilla del Santísimo, a la izquierda de la nave principal del Santuario de Torreciudad, es obra del escultor italiano Pasquale Sciancalepore. Es un crucifijo de 1,80 metros de altura, en el que se representa un crucificado de tamaño natural, todavía vivo, pues no tiene la lanzada en el costado, que mira directamente a los ojos del peregrino. Fue regalado a Torreciudad por San Josemaría Escrivá de Balaguer, que quiso representarlo así, según cuenta Heliodoro Dols, en la Guía de Torreciudad, “para facilitar la oración y la conversión personales, fruto de la contemplación del sereno sufrimiento de Cristo por los pecados e infidelidades de todos los hombres”.

El Cristo de Torreciudad presenta un rostro joven, en la plenitud de la vida humana y con toda la fuerza de Dios. No es por tanto una imagen naturalista, a pesar de seguir la tradición figurativa del modelado académico. Si sufre en la Cruz (parece decir *Sitio: Tengo Sed*, palabras que San Josemaría asociaba en sus escritos con una sed de almas¹), no lo manifiesta externamente. Su aparente naturalismo en la representación de la anatomía humana está atenuado por un trabajo escultórico que no se pierde en detalles, sino que va al “ideal”, como ocurre en el arte griego arcaico. De hecho, la ausencia de pupila en los ojos posibilita que el Cristo permanezca inmutable, por encima del tiempo. Y sin embargo, la disposición frontal del rostro permite, en la vez, que mire a cada visitante directamente a los ojos, como ocurre en la tradición teológica de carácter más simbólico que figurativo, el Cristo de Torreciudad abre los brazos en actitud de sacerdote eterno, acogiendo en ellos a toda la humanidad. Es a la vez un hombre que padece y Dios que compadece, en espera de ese juicio final en el que Él mismo, el Redentor, será también el Juez de cada uno y del universo entero. En algunos crucificados

1. Cfr. p. e., *Amigos de Dios*, Madrid 1977, n. 202.



románicos, el sacerdocio de Cristo se remarca con la presencia simbólica del pelícano, dibujado en la túnica que cubre todo el cuerpo, como es el caso del precioso Cristo catalán que se encuentra en el Museo de Bellas Artes de Bilbao.

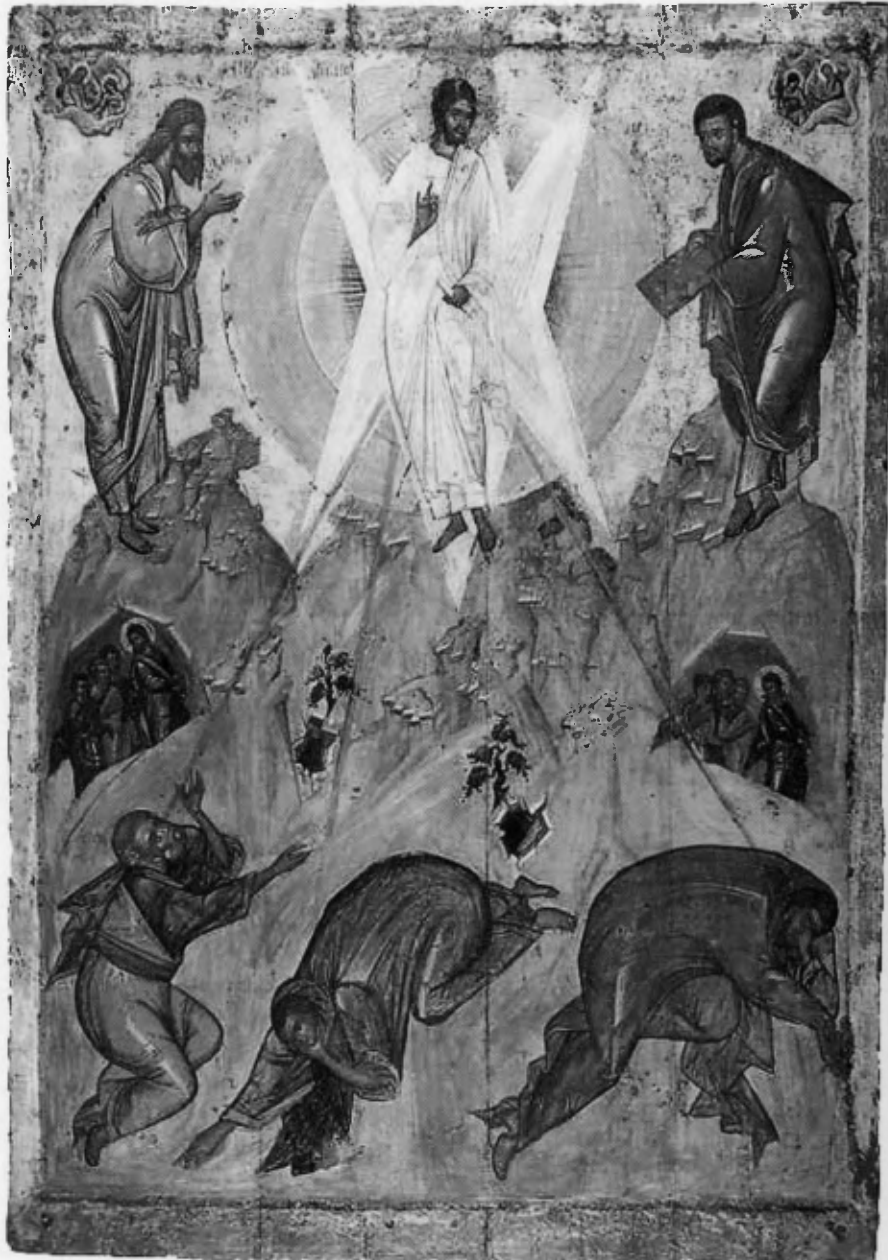
El crucificado de Torreciudad no es tan simbólico, sino historicista; pero el fulgor dorado de su cuerpo desnudo destaca sobre una cruz oscura, que se diferencia poco del mármol negro vetado que hace de fondo entre columnas estriadas, hechas de material semiprecioso también, de color verde en este caso. El brillo del bronce dorado, hace de este cuerpo –y sobre todo de su rostro luminoso– un adelanto de la Gloria divina de Cristo, tal y como ocurre en los iconos de Cristo Resucitado –o también de la Transfiguración–, que visten de blanco y brillan con todo el poder de Dios. Desde el punto de vista estético, el Cristo de Torreciudad sería un término medio entre la tradición Oriental y la Occidental; entre la tradición teológica que se impuso en toda la cristiandad hasta el siglo XIII y que se prolonga en Oriente hasta nuestros días, y la narratividad histórica. Esto es, sería un puente entre la visión simbólica oriental y la herencia figurativa del academicismo, que suele ser tridimensional, escultórica también en la pintura, gracias a la perspectiva fingida y el modelado claroscuro.

Por esta compleja síntesis, el Cristo de Torreciudad trasciende los valores históricos y permite lecturas muy ricas, de carácter teológico, tan presentes en la tradición de los iconos. De hecho, suele afirmarse que los dogmas definidos en Bizancio se plasmaron después en los iconos, que siguen vivos en el arte que se hace todavía hoy en Rusia y otros países eslavos como Polonia.

Cito este país a medio camino entre Oriente y Occidente, porque la iconografía del Cristo de Torreciudad tiene puntos en común con la devoción al Amor Misericordioso que Juan Pablo II ha hecho universal, primero al instituir su fiesta el primer domingo después de Pascua de Resurrección; y sobre todo, al rubricarla cuando Dios quiso llevarse al Santo Padre al cielo en el sábado víspera de esta misma fiesta. De hecho, la última misa que Juan Pablo II celebró en la tierra fue la del Amor Misericordioso.

← [Página anterior](#)

Crucificado de la capilla del Santísimo de Torreciudad. Pasquale Sciancalepore.

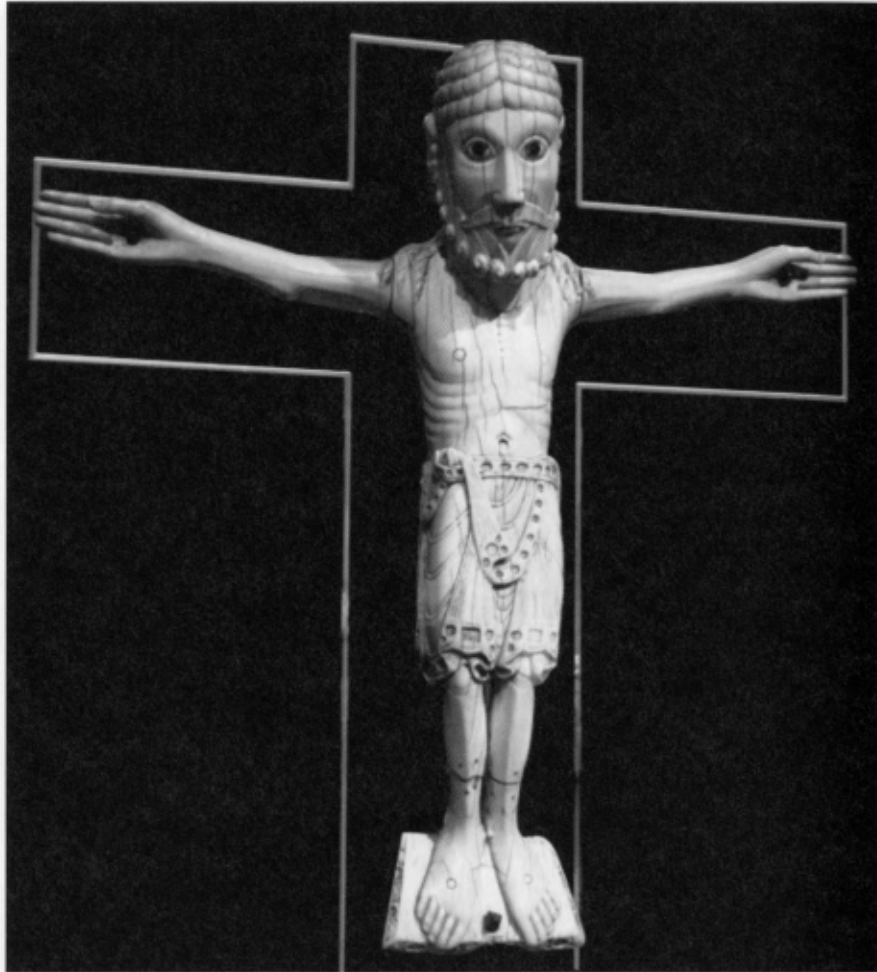


Teófanos el griego, "Transfiguración", s. XV. Galería Tretrakov, Moscú.

Sobre la asociación de este Cristo de Torreciudad con el Amor Misericordioso aportan mucha luz los propios escritos de San Josemaría. El 7 de agosto de 1931, escribe en sus *Apuntes íntimos* las siguientes palabras: “Hoy celebra esta diócesis la fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo. Al encomendar mis intenciones en la Santa Misa, me di cuenta del cambio interior que ha hecho Dios en mí, durante estos años de residencia en la exCorte... Y eso, a pesar de mí mismo: sin mi cooperación, puedo decir. Creo que renové el propósito de dirigir mi vida entera al cumplimiento de la Voluntad divina: la Obra de Dios. (Propósito que, en este instante, renuevo también con toda mi alma). Llegó la hora de la Consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme —acababa de hacer in mente la ofrenda del Amor Misericordioso—, vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: “et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum (Jn 12, 32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el ne timeas!, soy Yo. Y comprendí que serán los hombres y las mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas”².

Este momento descrito es un episodio clave en la historia del Opus Dei. Y no es casualidad que fuera celebrando el día de la Transfiguración, ni que en el mismo retablo de la capilla del Santísimo del santuario que alberga

2. En la Edición crítico-histórica de *Camino* (Madrid 2002, pp. 486-487) anota don Pedro Rodríguez: “En los años anteriores a la guerra, Escrivá tuvo una gran devoción al Ajmor Misericordioso y conoció los escritos de una de sus propagadoras, la Madre Marie Thérèse Desandais, que escribía con el pseudónimo de P. M. Sulamitis”. Sobre este tema, cfr. también F. REQUENA, *Fuentes para la historia del Opus Dei*, Ariel, Barcelona, 2002; *idem*, *Católicos, devociones y sociedad durante la dictadura de Primo de Rivera y la segunda República. La obra del Amor Misericordiosos en España (1922-1936)*, Biblioteca Nueva, Madrid 2008; *idem*, “San Josemaría Escrivá de Balaguer y la devoción al Amor Misericordioso (1927-1935)” *Studia et Documenta. Rivista dell’Istituto Storico San Josemaría Escrivá*, 2009, 139-174; *idem*, “La Misericordia Divina en la espiritualidad cristiana de entreguerras”, *Scripta Theologia* 35 (2003) 543-568; *idem*, “La obra del Amor Misericordioso (1922-1928): una aportación a la historia del asociacionismo devocional en la España contemporánea”, *Hispania Sacra*, 112 (2003), 661-696; *idem*, “Recepción en España del mensaje de María Teresa Desandais (P. M. Sulamitis) 1922-1942”, en J. I. SARANYANA (ed.), *El caminar histórico de la santidad cristiana. Actas del XXIV Simposio Internacional de Teología*, Eunsa, Pamplona 2003, 549-580; *idem*, “Amistades y devociones: la obra del Amor Misericordioso”, en J. AURELL Y P. PÉREZ LOZANO (eds.), *Católicos entre dos guerras. La historia religiosa de España en los años 20 y 30*, Biblioteca Nueva, Madrid 2006, 143-172.



Cristo. Museo de León.

al Crucificado figuren escritas las palabras “*Et Ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*”, “Y Yo, cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí” (Jn 12,32)”. Quiso San Josemaría añadir a esta frase la oración que Pedro exclamó después de haber sido confirmado como guía de la Iglesia de Cristo, edificada con la Gracia del Espíritu Santo y el pecado de los hombres: “*Tu omnia nosti, tu scis quia amo te*”, “Tú lo sabes todo, tú sabes que te amo” (Jn 21,17). Esto es, la oración por excelencia del

arrepentimiento amoroso y de la vuelta al Padre a través del Hijo Salvador, que triunfa en el mundo desde la cruz a través de los corazones humildes. Aquí se resume la paradójica fuerza y sabiduría de Dios de la que habla San Pablo (1Cor 1,24), que hace de Cristo Misericordioso Señor de la historia.

La representación de Torreciudad, transfigurada de luz (fue el día de la Transfiguración cuando San Josemaría recibió la moción que aparece escrita a los pies del crucificado) se nos muestra como anticipando su muerte y resurrección y derramando sus gracias desde esa Cruz voluntariamente aceptada. En las diversas representaciones del Amor Misericordioso, que siguen el modelo de otros cristos resucitados (por ejemplo, cf. el del retablo de Isenheim de Grünewald, en el Museo de Colmar, Francia) estos beneficios son fruto de la victoria sobre la muerte. En el Cristo de Torreciudad, el triunfo de Cristo es anterior, pues está en la aceptación libre de su propio sacrificio, según la voluntad del Padre, por la salvación de todos los hombres. Pero el contenido Trinitario y Redentor es similar. Y también su estrecha vinculación con el poderoso misterio de la Filiación divina, tan necesario de percibir en nuestro tiempo de esperanzas demasiado humanas, y por tanto, de grandes incertidumbre y temores.

Jorge LATORRE

Universidad de Navarra

PUBLICACIONES
MARIANAS